

ASPECTOS ACTUALES DE LA CONCIENCIA NEWMANIANA

CONCIENCIA Y AUTORIDAD

CONCIENCIA Y PODER

19 de diciembre de 2022
Universidad Católica de Ávila

Es para mí un placer estar aquí para hablar de Newman y la conciencia. Con palabras de Ratzinger: «La vida y la obra de Newman bien podrían considerarse de forma unitaria como un gran comentario al problema de la conciencia»¹. Agradezco la oportunidad a la Universidad, a la Rectora Magnífica, Dra. D^a M^a del Rosario Sáez; a los que llevan adelante la cátedra J. H. Newman, a su director, Dr. D. José Raga y a la secretaria de la cátedra, la profesora, Dra. D^{ña}. Marisa Pro Velasco. Y a todos ustedes que tienen la gentileza de estar aquí o de seguirnos por internet.

Tres asuntos me parecen fundamentales y originales en la obra de Newman: su idea sobre el desarrollo de la doctrina cristiana, su comprensión de la fe y su doctrina sobre la conciencia². Los tres están íntimamente relacionados, ordenan toda su obra y abren nuestros horizontes.

Me propongo señalar dos puntos del horizonte que nos abre el santo británico del Oratorio con su doctrina de la conciencia. En la primera parte, hablaré de cómo la doctrina newmaniana supera la dicotomía entre subjetividad y objetividad, interioridad y exterioridad, libertad personal y autoridad. Hubiese querido ejemplificar esta superación en su propia biografía, pero no tendré tiempo para ello. En la segunda parte, deseo mostrar cómo la conciencia es el último baluarte de la verdad y de la libertad ante todo totalitarismo. Dejo de lado otro punto fundamental: la relación de la conciencia y la fe, que cae más en el campo de la teología fundamental.

Espero que, después de este recorrido, se pueda apreciar la verdad del juicio de Ratzinger: «Newman es uno de los grandes doctores de la Iglesia, pues al mismo tiempo que toca nuestro corazón, ilumina nuestro pensamiento»³.

¹ JOSEPH RATZINGER, “Conciencia y Verdad”, en *Obras Completas IV* (BAC, Madrid 2018) 662.

² J.H. WALGRAVE, *Newman, Le développement du dogme* (Paris 1957), 360: «La conciencia es el núcleo fundamental del pensamiento de Newman y sus grandes temas son ramificaciones o prolongaciones de éste aspecto fundamental: el significado de la conciencia en la vida del hombre».

³ JOSEPH RATZINGER, “John Henry Newman” en *Obras Completas IV* (BAC, Madrid 2018) 693.

Para empezar, les traigo una de las afirmaciones más desafiantes de Newman. En ella establece una continuidad entre “conciencia”, “Dios” e “Iglesia Católica”, es decir, entre el núcleo de la subjetividad, la verdad absoluta y trascendente de tipo personal, y una realidad objetiva y externa con pretensión de autoridad. La afirmación es la siguiente:

No existe punto medio entre el ateísmo y el catolicismo. [...] Soy católico porque tengo fe en Dios [...], creo en Dios porque tengo fe en mí mismo, porque me parece imposible tener fe en mi propia existencia —de la que estoy completamente seguro— sin creer en la existencia de Alguien que vive en mi conciencia como un Ser Personal que todo lo ve y todo lo juzga⁴.

Dejo estas palabras de Newman como un desafío, que es lo que siempre me han parecido a mí. Y, antes de empezar la exposición, solo querría añadir que el punto de partida fundamental de lo que diré aquí se encuentra en dos artículos de Ratzinger: “La conciencia en el tiempo”⁵, de 1972; y el ya citado “Conciencia y verdad”⁶, de 1991.

I. INTERIORIDAD Y EXTERIORIDAD. CONCIENCIA, VERDAD, SOCIEDAD, AUTORIDAD.

La cuestión de la conciencia vino a ponerse en el siglo pasado en el centro de todas las discusiones sobre los fundamentos de la moralidad y de su conocimiento⁷. En el presente sigue ocupando un lugar central. Las polémicas suscitadas antes y después de la publicación de *Amoris Laetitia*, pusieron de manifiesto que la conciencia sigue siendo un punto fundamental para la comprensión de los fundamentos morales y para afrontar la existencia humana.

La cuestión a debate es si la vida moral se funda en el individuo que ha de tomar decisiones y obrar, o fuera de él; en la libertad personal o en una norma independiente al individuo. En este debate «la conciencia es presentada como el

⁴ JOHN HENRY NEWMAN, *Apologia pro vita sua*, (Encuentro, Madrid 1996), 203.

⁵ JOSEPH RATZINGER, “La conciencia en el tiempo”, en *Obras Completas IV* (BAC, Madrid 2018), 639-652.

⁶ *ID.*, “Conciencia y Verdad”, 653-675.

⁷ Cf.: *Ibid.*, 653.

baluarte de la libertad frente a las limitaciones [...] impuestas a la existencia por la autoridad»⁸. «Una “moral de la conciencia” y una “moral de la autoridad” parecen incompatibles y contrapuestas.

La pregunta es: ¿Tiene Newman una respuesta que pueda superar esta contraposición? Sinceramente, creo que sí.

Algunos quisieron poner a Newman de su lado para defender una casi absoluta autonomía moral del individuo en la Iglesia. Pero eso solo se puede sostener con una lectura superficial de sus escritos, que ofrecen una comprensión de la conciencia que supera la dicotomía entre moral autónoma y heterónoma, una resolución del problema que se ejemplifica en la historia de su conversión al catolicismo y que podría resumirse así, tal como yo lo veo: primero, obedeció su conciencia para buscar la verdad; en un segundo movimiento, al encontrar la verdad, se sometió libremente a Roma; por último, se mantuvo en la comunión romana, no porque entonces quedase neutralizada su conciencia, sino porque despierta y tranquila como quien ha llegado a puerto⁹ y goza de paz, le mantuvo sujeto a dicha comunión, también cuando sus representantes le maltrataron.

En esta trayectoria se observa: 1) un vínculo entre la conciencia y la verdad absoluta; y 2) un vínculo entre la norma objetiva y autoridad externa, que aquí es la Iglesia Católica, con la Verdad absoluta. De modo que tanto conciencia como autoridad están referidos a la Verdad Absoluta y ante ella deben responder. La Verdad Absoluta es un principio trascendente, con respecto a la conciencia y con respecto a la norma moral objetiva y a la autoridad; pero al tiempo, en estas realidades hay forma de inmanencia de la Verdad trascendente. De esta forma, la Verdad absoluta ordena los distintos elementos: el yo y la conciencia, la sociedad, el mundo, la ley moral, la autoridad. Si se me permite una imagen arquitectónica, en un arco ojival o en una bóveda, el orden del conjunto se mantiene por las tensiones de fuerzas que relacionan todas las dovelas entre sí y que tienen como centro la piedra clave. Pues bien: el hombre se encuentra en un mundo de relaciones ontológicas y morales cuya clave es la Verdad Absoluta.

Imaginemos que la trayectoria de Newman, esbozada en la relación dinámica de estos tres elementos (conciencia, verdad, Roma) sea aceptada como cierta. Aún así, alguien juzgará que esa resolución de conciencia, que, apelando a la verdad, le lleva a Newman a Roma, es tan solo su resolución, original,

⁸ *Ibid.*, 653.

⁹ NEWMAN, *Apologia*, 289-291.

incomunicable, verdadera para él y para nadie más. Que la conciencia de otro podría haber resuelto su camino de una forma totalmente distinta. Aparece aquí la idea de que los juicios y mandatos de la conciencia son tan propios y personales que no pueden ser compartidos, que el camino de la conciencia está asociado a la más estricta subjetividad y es, por tanto, un camino solitario.

No hay que despreciar esta posición. Newman hablará muchísimas veces del carácter *personalísimo* de la conciencia —también del carácter personalísimo de otros usos de la razón humana—, carácter libre, por lo tanto, moral, el corazón vital de la moralidad. La conciencia es para Newman el principio de la vida moral y, mucho más que eso, también el principio de la vida religiosa¹⁰. Por eso, para Newman, la conciencia dice lo que es cada uno en su más estricta intimidad, pero justo allí es una referencia a la Verdad Absoluta de tipo personal, que está por encima del hombre y de la sociedad humana. Dios es el verdadero referente que el hombre encuentra en su centro moral.

La conciencia no es el escenario de un monólogo, sino de un diálogo, tan esencial, que da al hombre su personalidad y le hacer ser él mismo. La persona es quien es en la relación con la verdad absoluta que llama en su conciencia, no antes de esa relación, porque tal situación anterior a la relación entre el yo y Dios no existe. La persona empieza a existir en la relación con Dios. Es una relación originaria de su ser y su libertad¹¹.

Por tanto, la conciencia es el principio de una vida moral y religiosa personalísima, sí, pero, al tiempo, radicalmente fundamentada en la Verdad Absoluta que la precede y la llama a la existencia, a la libertad y al amor.

Puesto que la conciencia hace referencia a una Verdad no abstracta, sino de tipo personal, y tiene con ella una relación originaria, la conciencia no conduce hacia el aislamiento, sino hacia la sociedad y la comunión. Huirá, eso sí, de todo aquello que se arrogue una autoridad que se sustraiga de la verdad. No se someterá a un poder ciego, irracional, que no presente las cartas credenciales de la Verdad. La conciencia no se someterá a un poder sin verdad.

Así, cualquier autoridad que tenga pretensión sobre el hombre, tendrá que acreditar que responde a la verdad absoluta a la que es referida la conciencia. Por

¹⁰ Cf.: JOHN HENRY NEWMAN, *Asentimiento religioso* (Herder, Barcelona 1960), 121. Hay que hacer notar que Newman ve en la conciencia el principio de la vida moral y de la religión; pero la ética tendría su principio no en la conciencia, sino en el sentido moral (*moral sense*, distinto del *sense of duty*). Todo esto merece una reflexión propia y nos lleva al estudio «fenomenológico» de los sentidos de la conciencia que Newman lleva a cabo en la *Gramática*.

¹¹ Hemos recibido el precepto de la libertad. Cf.: ORÍGENES: *In Exodum*; Homilía 8,1 (BP 17, Madrid 1992), 142.

un lado, la conciencia se convierte en el primer punto de apoyo de la autoridad legítima; por otro, es el baluarte contra cualquier ejercicio despótico del poder y contra cualquier absolutismo.

Así es como la ve Newman y así vista, la conciencia es superación tanto del subjetivismo como del excentricismo.

El punto siguiente que habría que examinar es cómo la conciencia es capaz de reconocer en sí misma una verdad trascendente. Esa forma es análoga a la capacidad de la fe para reconocer al Absoluto en el «hápx» de la revelación, el Absoluto en un punto concreto de la historia y del tiempo. No llega a reconocer la verdad de la que es capaz con un razonamiento del tipo usado por las ciencias naturales. He vinculado antes el carácter personalísimo de la conciencia con el carácter personalísimo de otros usos de la razón. Estoy afirmando que realmente la conciencia, que es una capacidad para la verdad moral, es una función de la razón humana¹². Newman estudiará durante casi toda su vida qué tipo de *uso de la razón* es la fe y la conciencia. Y afirmará que los actos de la conciencia, como también los de la fe, son actos simples e independientes de otros usos de la razón, aunque puedan ser concomitantes y no puedan ser contrapuestos a ellos. Dice, por ejemplo: «La conciencia es un elemento simple de nuestra naturaleza, y sin embargo sus operaciones admiten la inspección y el escrutinio racional. Así cabe también que la fe pueda ser reconocida, y sus actos justificados, por la razón, sin que por ello dependa efectivamente de la misma»¹³. Ese estudio ya aparece en los *Sermones Universitarios*¹⁴, y al final fructificó en una de sus obras maestras, la *Gramática del Asentimiento*¹⁵. Allí da cuenta de una forma de razonar propia de todo hombre, diversa de la lógica formal, más sutil y versátil: el *sentido ilativo*. Al estudiar esta forma en la que el hombre real razona más allá de la lógica formal se comprende por qué el acto de fe es realmente personal, pero no comunicable. Es personal, en primer lugar, por la complejidad, la sutileza y el número enorme de premisas, de juicios previos sobre la verdad de las cosas, de experiencias y de lo que se tiene como probable, de la agilidad mental que pone en juego este tipo

¹² «Presupongo que la conciencia tiene un lugar legítimo entre nuestros actos mentales. Tan legítimo como la acción de la memoria, del raciocinio, de la imaginación o del sentido de lo bello». NEWMAN, *El asentimiento religioso*, 117.

¹³ JOHN HENRY NEWMAN, *Fe y razón* (Encuentro, Madrid 1993), 234.

¹⁴ Ver, por ejemplo, el sermón XI, de los *Sermones Universitarios*: «Razonabilidad propia de la fe». En: NEWMAN, *Fe y razón*, 153-272.

¹⁵ En la actualidad hay, al menos, dos traducciones disponibles en español: *El asentimiento religioso*, editada por Herder; y *Ensayo para contribuir a una gramática del asentimiento*, editado por Encuentro.

de razonamientos. Tantos son los elementos que entran a permitir estos juicios que difícilmente se pueden explicitar uno por uno, aunque eso no significa que no existan y que no se puedan analizar, de ahí la diferencia, por ejemplo, entre acto de fe y ciencia teológica. Pero el conocimiento de la conciencia y de la fe es personal, fundamentalmente, porque implica la moralidad, la posición moral del hombre, es decir, su libertad. De ahí que nadie pueda forzar ni un acto de fe, ni un acto de conciencia. Eso hace que los juicios y los mandatos de la conciencia, así como el acto de fe, sean actos muy personales, pero, insisto, no comunicables, porque responden a una verdad que se puede señalar con la inteligencia. Y de la misma forma que la fe puede buscar la inteligencia de sí y explicarse a otros, dando origen a teología; también la obediencia a la conciencia puede explicitarse en una ley moral y explicar sus razones. Sin embargo, para que sean libres, morales, fundamentos de una vida con peso moral, meritoria, los actos de la conciencia no pueden ser el resultado de la aplicación automática de la lógica, de una demostración científica o filosófica. Dice Newman: «La certeza absoluta que somos capaces de poseer, tanto sobre las verdades de Teología natural como sobre la Revelación, es el resultado de una acumulación de probabilidades concurrentes y convergentes, lo cual deriva al mismo tiempo de la constitución de la mente humana y de la voluntad de su Creador»¹⁶. Este estado de cosas hace posible un espacio para la libertad, necesaria para el acto de fe. En ese sentido, la conciencia, como la fe, son actos personales.

No es el momento de analizar el pormenorizado estudio, de tipo fenomenológico, con el que Newman describe la forma de conocer que usa la fe y también la conciencia. Simplemente subrayo lo ya apuntado: es un uso de la razón que hace espacio y requiere de la libertad y es, por tanto, en sí mismo moral. Los juicios y los mandatos de la conciencia son actos morales, dignos de reprensión o alabanza.

Como ya hemos apuntado, la vinculación de la conciencia a la verdad, tiene una dimensión social. Si la conciencia está vinculada con una verdad objetiva, entonces sus juicios y dictámenes se pueden comunicar, de ellos se pueden ofrecer razones a otros, y así se puede hacer un camino juntos. Si la conciencia se desvincula de la verdad, entonces no es posible el diálogo, ni una búsqueda conjunta, queda una tolerancia que termina en indiferencia y en un hombre abandonado a la soledad. Si la idea de conciencia, núcleo de la vida moral, se independiza de la verdad, el hombre deja de ser entendido como *persona*, como un ser en relación, y pasa a ser tan solo *individuo*, uno junto a otros, aislado. Para

¹⁶ NEWMAN, *Apologia*, 74-75.

Newman, una conciencia no vinculada a la verdad superior a todo es una falsificación. Newman, por más que reclama el carácter personalísimo de sus decisiones, no deja de compartir su camino y su vida con otros. El hecho mismo de escribir la *Apología* da cuenta de ello. En su singular camino de conciencia no fue un solitario: fue acompañado y acompañado¹⁷, cultivando un sentido de la amistad poco común, porque los juicios y los mandatos de la conciencia hacen referencia a un logos, del que se puede participar¹⁸.

Reformulemos la aporía del carácter personalísimo de la conciencia: otra persona distinta de Newman, pongamos su admirado John Keble, ¿podría haber concluido con una resolución diversa, obedeciendo también a su conciencia? Keble fue la primera cabeza visible del Movimiento de Oxford y permaneció en la Iglesia Anglicana. ¿Su permanencia en la Iglesia Anglicana habría podido ser un mandato de conciencia? La respuesta es doble: 1) Sí, podría haber ocurrido; y 2) Una de las dos conciencias habría equivocado su juicio, la de Newman o la de Keble. Es como si dos inteligencias matemáticas concluyesen el mismo problema con un resultado opuesto. El juicio moral, al que debe adherirse la voluntad, es un juicio de conciencia, pero su referente está más allá de la conciencia, por lo cual, la conciencia puede acertar o errar.

De ahí que sea necesario adiestrar la conciencia, educar esa que es nuestra inteligencia moral, de la misma forma que es necesario adiestrar la inteligencia empírica para resolver los problemas de las ciencias naturales.

Newman diría que tenemos la obligación de fiarnos de la conciencia, en general; como tenemos la obligación de fiarnos de nuestros sentidos, también en general; y de fiarnos de las inferencias de nuestra razón, también en general. Pero sabemos que podemos equivocarnos al hacer una inducción o una deducción, y que nuestros sentidos pueden engañarnos, y que nuestra conciencia puede errar. Y, a pesar de todo, ella es nuestro tribunal interior para juzgar sobre asuntos morales. Ahora bien, un tribunal que juzga es como un entendimiento que reconoce. La función de la conciencia no es establecer normas, sino reconocerlas. Así como la inteligencia de la física no establece las leyes del movimiento o de la gravedad, sino que las reconoce en la observación de los fenómenos físicos, así también la conciencia. Su función y capacidad es la de reconocer la ley eterna,

¹⁷ En esto también hay una gran similitud con san Agustín, antes y después de su conversión.

¹⁸ En el fondo, hay una coincidencia entre esta vivencia de la amistad de Newman y las enseñanzas de un libro que formaba parte de sus lecturas de cabecera, la *Ética a Nicómaco*.

más aún, reconocer a quien deja oír su voz en la conciencia, sus mandatos y sus juicios.

La doctrina de Newman sobre la conciencia es un correctivo al hombre moderno, que habitualmente la entiende como un principio de creación autónoma (Yo no reconozco el bien moral, sino que lo creo con mi decisión de conciencia). Es, por así decirlo, una *conciencia marxista*, cuyo objetivo no es reconocer lo que es bueno, la ley moral, sino «hacer» la ley moral con su decisión.

De ahí que algunos han defendido que la conciencia no puede errar, no porque consideren que la conciencia comprenda la verdad moral de forma infalible, sino porque están convencidos de que esa verdad moral no existe. Solo existiría el mandato del yo. El mandado del yo, totalmente autónomo, sería la única verdad de conciencia. Pero esta conciencia es un espejismo que nos obliga a tomar decisiones en las que ponemos en juego la vida por nada real, solo por un sentido subjetivo de la existencia.

Una conciencia así entendida es análoga a la fe entendida como mero acto de confianza independiente de la verdad revelada. Newman dice que una fe basada en el sentimiento es algo ilusorio y una burla¹⁹. Desde el inicio del cristianismo, la idea católica ha sido bien distinta. Decía Ireneo en el siglo II: «La fe nos es concedida por la verdad, pues la fe se fundamenta en la verdad. De hecho, nosotros creemos lo que realmente es y como es; y creyendo lo que realmente es y como siempre es, mantenemos firme nuestra adhesión. Ahora bien, puesto que la fe sostiene nuestra salvación, es necesario prestarle mucha atención para lograr una auténtica inteligencia de la realidad»²⁰. Solo la referencia a la verdad hizo comunicable la fe y la puso en diálogo, no con las otras religiones, sino con la gran tradición de la filosofía griega, justamente porque también ella aspiraba a la verdad. Eso explica que el cristianismo sobreviviera al hundimiento de todas las religiones antiguas, que no hacían referencia a la verdad, sino al orden social o al mito, como fundamento de sus costumbres y expectativas existenciales²¹. Ha sido en el ámbito cultural luterano, donde la fe es entendida como mero acto fiducial, sin referencia a la verdad, donde ha nacido una comprensión de la conciencia como acto que no tiene un referente externo a ella misma.

No entender que la conciencia puede errar en su juicio, es lo mismo que afirmar —con palabras de Ratzinger—:

¹⁹ NEWMAN, *Apología*, 75.

²⁰ SAN IRENEO DE LIÓN, *Demostración de la Predicación Apostólica* (Fuentes Patrísticas 2. Ciudad Nueva, Madrid 1992) 56.

²¹ Cf. JOSEPH RATZINGER, *El Dios de la fe y el Dios de los filósofos* (Encuentro, Madrid 2006), 20-25.

Que no hay ninguna verdad, al menos en materia de moral y de religión, o sea, en el ámbito de los verdaderos y auténticos fundamentos de nuestra existencia. Desde el momento en que los juicios de conciencia se contradicen, solo habría una verdad del sujeto que se reduciría a su sinceridad. No existiría ninguna puerta ni ventana que pudiera llevar al sujeto al mundo circunstante y a la comunión de los hombres²².

Si la conciencia no tiene como referente la verdad moral, si la fe no tiene como referente al Dios verdadero, entonces el camino de cada hombre es incomunicable. Se puede convivir de una forma solo superficial, con un mero sentido utilitarista, incluso con los más cercanos. El hombre está condenado a la incomunicación. Es la negación de la vocación a la comunión que la fe bíblica ve en el mismo origen del hombre, cuando Dios lo crea, varón y mujer. Sin verdad, no queda más que un pacto por la utilidad de la convivencia. El hombre se convierte en individuo, un ser aislado, que frente al poder no tiene ninguna posibilidad de ser él mismo. Llegado a la autonomía individual, el hombre no es más puramente él, ahora bajo una fuerza que difícilmente podrá resistir en su soledad: la de la opinión común o la de un poder totalitario. La proclamación liberadora del yo como referente último de moralidad y de religión es una trampa, que lleva a la servidumbre. La afirmación de la conciencia como infalible, la negación de una verdad objetiva, es la puerta para que condicionamientos sociales coyunturales y poderes que escapan a la razón tomen el control. La no referencia de la conciencia a la verdad es el fin de la libertad. Suele decirse que los que apelan a la verdad son los que ejercen violencia para imponerla. No es así; el que apela a la verdad, apela al logos, a la razón. Y, aunque puede haber errores y pecados, la referencia a la verdad impone siempre un límite. Pero sin verdad, el poder no tiene más límite que su propia fuerza. La renuncia a la verdad es el fundamento de la violencia totalitaria de cualquier signo, también de la violencia totalitaria de la democracia y el consenso.

La verdadera conciencia es un órgano personalísimo, pero está al servicio de una verdad que no se da ella misma y de la que no puede disponer. Dimana de quien es el Bien inmutable y Logos, que no puede ser contradictorio. De ahí que Newman, hombre de conciencia, que se tomó su tiempo para convertirse al catolicismo, para estar seguro de que no se engañaba a sí mismo, una vez

²² RATZINGER, "Conciencia y Verdad", 654.

convertido, hizo lo posible para mostrar *pacíficamente* a sus amigos anglicanos que la Iglesia que tiene a Roma como centro de comunión es la verdadera Iglesia de Jesucristo y que, por tanto, en conciencia, también ellos deberían hacerse católicos romanos. Solo un ejemplo de su predicación ante antiguos amigos anglicanos:

Escuchad nuestro testimonio, observar la alegría de nuestro corazón, y aumentadla participando en ella vosotros mismos. Escoged la mejor parte que hemos elegido nosotros. Acompañadnos. Nunca os arrepentiréis de ello, estad seguros. Aceptad la palabra de quienes tienen derecho a hablar. Nunca os arrepentiréis de haber buscado perdón y gracia en la Iglesia católica, única que posee gracia divina, energías espirituales, y santos. Nunca os arrepentiréis, aunque os sea preciso padecer dificultades y tengáis que abandonar algunas cosas. Nunca os arrepentiréis de haber pasado de las sombras del sentido y el tiempo, las decepciones terrenas y de la falsa razón, a la estupenda libertad de los hijos de Dios²³.

Conclusión:

He querido mostrar cómo la doctrina de Newman sobre la conciencia supera la separación entre la interioridad y la exterioridad, entre la subjetividad y la autoridad. La piedra clave, la que ordena las dovelas de la bóveda, es la Verdad Absoluta. Su búsqueda tiene el poder de ordenar la vida del hombre y de la sociedad. La negación de este punto de referencia consagra la dispersión y la fragmentación de la vida humana y social. Cuando la piedra clave de la bóveda es arrancada de su puesto, las otras dovelas caen a tierra. Cada una puede conservar su forma, pero diseminadas por el suelo ya no manifiestan lo que de verdad son, ni la belleza que les daba la relación con los demás elementos de la bóveda, unidos por las fuerzas que se equilibraban en su clave.

El estudio de Newman nos abre al horizonte de la verdad absoluta, aquella a la que aspiraba la filosofía griega y a la que la Iglesia primitiva apuntó para hacer comunicable la fe. En el debate moral entre conciencia y autoridad, entre la libertad y la ley moral, la pieza principal que da razón de todos los datos es la verdad absoluta. En la búsqueda de esta verdad se abre a todos la posibilidad de construir una vida que integra las exigencias profundas del corazón y la conciencia con esa realidad enorme que llama a nuestra razón: el mundo, los otros y Dios.

²³ JOHN HENRY NEWMAN, *Discursos sobre la fe* (Rialp, Madrid 2007), 87

El drama de nuestro tiempo es que ha renunciado a la búsqueda de una verdad absoluta y, así, a un logos social y personal. Solo queda la fuerza, el poder arbitrario de las mayorías o de los tiranos. «Cerrarán sus oídos a la verdad y se volverán a los mitos» (2 Tim 4,4). Cuando Israel llegó cautivo a Babilonia encontró en la religión que le había vencido una imagen del mundo en la que el dios Marduk despedazaba al poder que se le oponía, el de un dragón primigenio, y a partir del cuerpo despedazado de aquel principio de mal y violencia, surgía el mundo y el hombre²⁴. Es cierto que el mito daba cuenta de la experiencia universal del mal y de su fuerza, pero cede ante la seducción de la fuerza. En el fondo dice que lo que de verdad cuenta es el poder y así la imagen del mundo y del hombre es desalentadora. Ante este mito y su idolatría del poder, toma forma el relato de la creación por la Palabra del primer capítulo de la Escritura. Lo que allí dice la fe judía en el Dios Único, que crea todo de la nada y todo bueno, no dejará de crecer y de profundizarse a lo largo de la historia de la revelación, hasta alcanzar su forma definitiva en los textos de san Juan y de san Pablo. La Palabra creadora es ya, en la versión bíblica de los LXX, el Logos, un Logos personificado en la literatura judía intertestamentaria, y en san Juan el Logos creador y redentor, principio de orden e inteligibilidad, al tiempo que principio de comunicación, de donación de Dios al hombre y de divinización del mismo hombre, por el don de la filiación. La renuncia al Logos nos devuelve y nos sumerge de lleno en la idolatría de la violencia, a la oscuridad y la desesperanza del mito.

²⁴ Cf. JOSEPH RATZINGER, *En el principio creó Dios* (Edicep, Valencia 2001) 25.

II. LA CONCIENCIA, EL BALUARTE DE LA VERDAD Y DE LA LIBERTAD

En la segunda parte, quiero variar la dirección de nuestra atención. Quisiera mostrar que la conciencia, solo ella, está en disposición de ofrecer refugio a la verdad y a la libertad. Ante toda violencia, la conciencia es la posibilidad de que el hombre siga siendo hombre, un ser moral, con responsabilidad y valor ante sí mismo, ante los otros y ante Dios. La afirmación fundamental es la siguiente: la conciencia es el último baluarte que en nuestro mundo tiene la verdad y la libertad del hombre ante el enemigo formidable del nihilismo. Empecemos con unas palabras de Ratzinger:

La destrucción de la conciencia es la condición previa del vasallaje y del dominio totalitario. Donde la conciencia vive, hay un límite para el dominio del poder y de la arbitrariedad; es algo santo, que permanece inviolado y que se escapa a todo capricho o despotismo propio o extraño en una soberanía última. Solo el carácter absoluto de la conciencia constituye el polo absolutamente opuesto de la tiranía; solo el reconocimiento de su inviolabilidad protege al ser humano de los demás y de sí mismo; su acatamiento es la única garantía de la libertad²⁵.

Pero, ¿acaso es pertinente que nosotros nos preocupemos por una amenaza totalitaria? Ratzinger responde:

La dictadura, la esclavitud del hombre, con el pretexto de su liberación, acecha siempre al hombre. [...]. Solo quien esté ciego o quien quiera vivir en la comodidad puede pasar por alto que la amenaza del totalitarismo es un asunto de nuestro tiempo. Y en este sentido es la hora de la conciencia²⁶.

Para desenmascarar la amenaza, en el mismo artículo de donde he tomado las palabras citadas, Ratzinger hace un breve análisis del totalitarismo nazi. La conclusión es que el nacional socialismo fue una revolución nihilista²⁷. Las ideologías fascista y nacionalista sirvieron para esconder este nihilismo, que era la verdadera esencia del nazismo. Hitler se sirvió del nacionalismo de la población y así fue posible que quedase escondida y oculta la verdadera esencia de aquella revolución.

²⁵ RATZINGER, "La conciencia en el tiempo", 639.

²⁶ *Id.*, 640-641.

²⁷ *Cf. Id.*, 640.

El nacionalismo pervierte un posible legítimo amor y exaltación de lo propio, lo saca del orden que tiene en el conjunto de otras cosas importantes, y convierte esa idea, ya pervertida y desquiciada, en un filtro totalizante de comprensión y de acción. El nihilismo usó esta perversión para llevar a cabo su plan. De la misma forma, la cuestión social fue pervertida y desquiciada, dando lugar al totalitarismo comunista. La esencia común del nazismo y del comunismo es el nihilismo.

En nuestros días, no cuando Ratzinger pronunció estas palabras en 1972, ni hace diez años, sino hoy mismo, vemos despuntar los peligros de un totalitarismo no experimentado hasta ahora. Lo que Benedicto XVI llamó «la dictadura del relativismo»²⁸, que quizá algunos tomaron como una dictadura referida solo al ámbito de las ideas, toma aliados que lo convierten en una fuerza realmente destructora. Esos aliados son la ideología de género y una ideología ecologista extrema. Ambas amenazan ya con planes concretos todo el orden humano. La alianza del relativismo radical con la ideología de género y con una ideologización de los problemas ambientales es análoga a la alianza del nihilismo con la ideología nacionalista y con el comunismo.

El relativismo lleva a la destrucción de todas las certezas y las realidades sociales que estructuran la convivencia, el único «medio ambiente» donde el hombre, varón o mujer, puede desarrollarse. La dictadura del relativismo quiere llevar hasta el final su programa nihilista: hasta la nada, al punto opuesto de la obra de Dios, que crea de la nada para llegar a una creación plena, de vida, de sentido, de logos.... Va contra toda comprensión del mundo como creación. No atenta solo contra la fe cristiana en la creación, sino contra la intuición común del hombre que dice que la obra que tiene delante es hermosa, es inteligible, es buena, porque viene de una Razón creadora.

En su lucha contra la creación, el relativismo vuelca al hombre sobre sí mismo, le dice que no está referido a verdad alguna, sino solo a su propio juicio. Pero esto justamente es la ruptura del vínculo esencial del hombre como ser en relación, es decir, persona. Sin verdad a la que referir la voluntad, el hombre es solo un individuo. «Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida solo el propio yo y sus antojos»²⁹.

²⁸ JOSEPH RATZINGER, Homilía de la Misa «*Pro eligendo pontifice*», 18 de abril, 2005.

²⁹ *Ibid.*

Para clausurar al hombre en sí mismo, el relativismo difunde una idea falsificada de conciencia. Habla de conciencia para hablar del propio capricho, para hacer al hombre sordo a la voz del Creador y condenarlo a su indigencia. Ofrece al hombre por conciencia algo que no es la conciencia y así la acalla. Ya lo percibía Newman en su época y en su *Carta al duque de Norfolk* denuncia esta estafa:

La conciencia es la Voz de Dios, mientras que hoy día está muy de moda considerarla, de un modo u otro, como una creación del hombre [...] [Pero no] La conciencia no es una especie de egocentrismo de largo alcance, ni un deseo de ser coherente con uno mismo; es un Mensajero de Dios, que tanto en la naturaleza como en la gracia nos habla desde detrás de un velo y nos enseña y rige mediante sus representantes. La conciencia es el primero de los vicarios de Cristo³⁰.

Y puntualiza lo que él entiende cuando habla de conciencia en contraposición con la idea común: «Uso la palabra conciencia [...] no como capricho u opinión, sino como obediencia debida a la Voz Divina que habla en nosotros»³¹.

Eliminada de la conciencia la idea del Creador, el relativismo pasa a censurar esa misma idea en el pensamiento y en el ordenamiento público. Pero no le basta, quiere destruir el orden creado, con un ataque sistemático contra el hombre, contra la sociedad humana y su centro vital: el matrimonio, la concepción humana y la familia. Contra estos fundamentos del orden creatural se dirigen los ataques del nihilismo escondido bajo el desquiciamiento del problema climático y medioambiental y bajo la ideología de género, también tras el proyecto transhumanista. Quiere desarmar de su verdad todas las realidades

³⁰ JOHN HENRY NEWMAN, *Carta al Duque de Norfolk*, (RIALP, Madrid 2005) 73-74. He variado la traducción de la edición española en dos puntos. Donde la traducción de RIALP dice: «La conciencia no es una especie de egoísmo previsor», yo he escrito: «La conciencia no es un egocentrismo de largo alcance» («*Conscience is not a long-sighted selfishness*»). Creo que Newman quiere decir que la conciencia no es una forma elevada de afirmación del yo. Y más importante, donde la traducción española dice: «La conciencia es el más genuino vicario de Cristo», yo he escrito: «La conciencia es el primero de los vicarios de Cristo» («*Conscience is the aboriginal Vicar of Christ*»). El sentido, difícil de volcar al español en una sola palabra, es que la conciencia es el vicario de Cristo desde los orígenes, «*ab origine*». Cf. JOHN HENRY NEWMAN, «A Letter Addressed to the Duke of Norfolk on Occasion of Mr. Gladstone's Recent Expostulation», en: *ID.: Certain Difficulties Felt by Anglicans in Catholic Teaching*, II (Longmans, London 1900) 248.

³¹ NEWMAN, *Carta al Duque de Norfolk*, 79.

fundamentales de la creación y destruir todas las relaciones naturales y sobrenaturales del mundo creado. Todas ellas están siendo atacadas: el hombre, varón y mujer; el matrimonio, la familia y la concepción; la sociedad ordenada sobre la célula del matrimonio, la nación... Si el nihilismo, aliado más o menos oculto de la ideología de género y del ecologismo extremo toma las cátedras, las magistraturas y los parlamentos, solo la conciencia, que en sí misma es frágil, será el baluarte donde se mantenga vivo el imperativo absoluto de la verdad, del bien y de la belleza. Si este totalitarismo en ciernes alcanzase el poder destructor al que tiende, solo encontrará un límite que pueda hacerle frente: la conciencia. Solo en la conciencia la verdad podrá tener esperanza de refugiarse. Y solo en ella la gracia de Dios podrá mantener en pie la historia de Dios con el hombre, la construcción de una relación, de una comunión que podemos llamar «la Ciudad de Dios».

Justamente por eso, la gran batalla del programa nihilista es la destrucción de la conciencia, porque justo ella es el vínculo y la afirmación del Creador, con palabras de Newman: «La conciencia es como un eslabón entre la criatura y su Creador»³². Y Ratzinger dice: «Conciencia significa reconocer al ser humano, a uno mismo y a los demás, como creación y, en él, respetar al Creador»³³.

Esta es la gran perspectiva que Newman nos abre ante la amenaza siempre actual del totalitarismo y la violencia, de la propuesta diabólica de un poder que no se somete a la verdad. Y, aunque los análisis hechos aquí sobre el nihilismo y las ideologías actuales que le sirven, pudieran errar, lo que es del todo cierto es que la tentación de la exaltación de un poder independiente de la verdad amenaza siempre la libertad.

Newman afrontó una guerra espiritual e intelectual con muchos frentes, pero identificó un solo enemigo, al que hizo la guerra en cuanto descubrió su fuerza destructiva: el liberalismo religioso, de raíz luterana, que ya socavaba los principios de la Iglesia Anglicana y que atenazaba también a la Iglesia de Roma. Como católico y como anglicano le hizo frente, de forma explícita. El Movimiento de Oxford se alzó contra este formidable enemigo. Lo hizo John Keble, que en los primerísimos instantes era, de entre todos los que iniciaron el movimiento, el hombre de más prestigio en Oxford. Él dio el pistoletazo de salida con un discurso que llevaba el profético título de “Apostasía nacional”. Pero fue

³² NEWMAN, *El Asentimiento Religioso*, 128.

³³ Cf. RATZINGER, “La conciencia en el tiempo”, 643-644.

Newman el que se puso enseguida al frente y dirigió la fuerza de aquellos hombres extraordinarios contra el gran enemigo: la afirmación de que no existe una verdad que sea mayor que otra. Eso es el liberalismo teológico y el principio larvado de un relativismo que lleva al nihilismo. No fue la filosofía la que envenenó el mundo cristiano; fue una enfermedad en el seno del cristianismo, incubada en el luteranismo, una comprensión de la fe independiente de la verdad, la que ha envenenado el mundo cristiano y el mundo occidental.

Al liberalismo religioso, Newman opuso un movimiento contrario: 1) la difusión de la verdad sobre Dios que expresa el dogma; 2) un camino religioso cierto que lleva el hombre hasta Dios, con un sistema sacramental y moral preciso; así como 3) la identificación de la Iglesia como el lugar donde vive la Verdad, donde Dios salva en los sacramentos y donde es posible la vida moral conforme a la ley eterna. Esos eran los tres grandes pilares con los que afrontó su misión en 1833, al inicio del Movimiento de Oxford³⁴. En la profundización del último punto de fuerza, el de la identificación de la Iglesia como columna de la verdad, se insertó, primero, su polémica con la Iglesia de Roma, y luego, su conversión. La tremenda historia de su conversión a la Iglesia Católica romana se inserta en la lucha más grande contra el relativismo religioso. Y fue empujado y sostenido en ella por su conciencia. En el fondo nosotros estamos en la misma lucha. Y, al mirar a Newman, entendemos que contamos con una fuerza formidable en la conciencia.

Cuando ya anciano, es elevado a la dignidad cardenalicia, en un discurso solemne hace balance de su vida:

Me alegra decir que desde el principio me he opuesto a un gran mal. Por espacio de 30, 40 o 50 años, he resistido con mis mejores energías al espíritu del Liberalismo en Religión. Nunca como ahora ha necesitado la Santa Iglesia campeones contra esta plaga que cubre la tierra. El Liberalismo en religión es la doctrina según la cual no existe una verdad positiva en el ámbito religioso, sino que cualquier credo es tan bueno como otro cualquiera. Es una opinión que gana acometividad y fuerza día tras día. Se manifiesta incompatible con el reconocimiento de una religión como verdadera, y enseña que todas han de ser toleradas como asuntos de simple opinión. Afirma que la religión revelada no es una verdad, sino un sentimiento [...] Que lo religioso no es en modo alguno un

³⁴ Cf.: NEWMAN, *Apologia*, 75-78.

vínculo de la sociedad [...] El carácter general de esta apostasía es idéntico en todas partes³⁵.

Continúa Newman con un diagnóstico del avance victorioso de este Liberalismo religioso:

Nunca ha existido una maquinación del enemigo tan sagazmente elaborada y con tantas posibilidades de éxito. Hasta el punto de que ha respondido ya en gran medida a las expectativas de sus autores. Esta mentalidad atrae a muchos hombres que podríamos denominar competentes, serios, incluso virtuosos, hombres maduros de intachables antecedentes y hombres jóvenes que inician una prometedora carrera³⁶.

Al leer esto, uno puede preguntarse qué refugio le queda al anciano Newman. Sigue él:

No debe pensarse ni por un momento que me asusta [...] El cristianismo ha estado demasiadas veces en lo que parecía un peligro fatal, para que ahora nos vaya a atemorizar una nueva prueba. Esto es así. Lo que son imprevisibles son las vías por las que la Providencia rescata y salva a sus elegidos [...] Generalmente la Iglesia no hace otra cosa que perseverar con paz y confianza, en el cumplimiento de sus tareas, permanecer serena y esperar de Dios la salvación. «*Mansueti hereditabunt terram et delectabuntur in multitudine pacis*»³⁷.

Newman escribió esto al ser creado cardenal, con 78 años. Muchos años antes, cuando solo tenía 29 años, predicaba a propósito del profeta Daniel, presentándolo como uno de estos mansos que conquistan la tierra. Daniel es sentenciado a muerte (Dn 6,11) por adorar al Dios verdadero y solo a él, y no someterse a la ley injusta que le pedía adorar al emperador. Ya condenado, continúa con su vida de oración y con sus deberes religiosos como siempre:

Daniel, en cuanto supo que había sido firmado el decreto que le condenaba al foso de los leones, como quería sencillamente cumplir su deber, no intentó retrasar legalmente el decreto por un tiempo, ni se puso a pensar si habría otras maneras de servir a Dios no prohibidas por el poder público, sino que entró en

³⁵ JOHN HENRY NEWMAN, «Biglietto Speech». En: *ID., Cartas y diarios* (Rialp, Madrid 1996), 162-163.

³⁶ *Ibid.*, 165-166

³⁷ Es la cita del Sal 26,11 en la versión que la Vulgata, que sigue aquí la versión de los LXX: «Los mansos heredarán la tierra y disfrutarán de paz abundante».

su casa... y siguió poniéndose de rodillas tres veces al día, rezando y dando gracias a Dios como solía hacerlo antes³⁸.

Olvidarse de estos deberes y querer luchar con medios mundanos, o buscar compromisos y pactos con el mundo, es una tentación siempre presente que hay que rechazar:

Es un punto muy doloroso, pero no es justo cerrar los ojos al hecho de que los amigos de la Iglesia están mucho más dispuestos a buscar formas mundanas y no autorizadas de defenderla que a llevar adelante con serenidad los deberes cotidianos y confiar en que sea Dios quien la salve. ¿De qué sirven esos esfuerzos febriles, en todos los sectores de la Iglesia, para contentar a nuestros enemigos [...] e intentar ganarnos hombres de fama y poder?

Que nuestra resolución sea, más bien: si hemos de perecer que sea donde el deber nos llame. Será en el ámbito de nuestras funciones sagradas, mientras oramos y adoramos a Dios, en el ayuno y la limosna, “en el silencio y la esperanza”. Así se ha visto liberada siempre la Iglesia³⁹.

Conclusión:

¿En qué consiste la defensa que la conciencia puede ofrecer a la verdad y a la libertad? En su capacidad única de traer hasta el momento presente, el eco de la Palabra creadora que separaba la luz de las tinieblas y que llamó a la existencia al hombre dándole la capacidad de un verdadero diálogo con el Logos Creador.

La conciencia es la memoria de aquel acto originario de amor creador, que confiere, a quien crea como interlocutor, la libertad para el amor. En virtud de esta memoria de la verdad, la conciencia es capaz de reconocer el bien y el mal, encuentra una ley que le sirve de guía en los asuntos morales, y es capaz de escuchar las órdenes y las sanciones que le vienen desde la Palabra Creadora. Justamente por ser la llamada de la Palabra creadora tiene una fuerza que ninguna realidad opresiva de este mundo puede eliminar. Ciertamente que podemos fácilmente hacernos insensibles a los juicios y dictámenes de la conciencia, y sepultar, bajo los escombros de nuestra humanidad, la memoria de lo que somos. Por eso no todos los hombres son hombres de conciencia, aunque todos la posean. Es una capacidad a la vez poderosa y delicada. Es delicada porque proviene de una voz amorosa que no se impone por la fuerza. Es

³⁸ JOHN HENRY NEWMAN, *Sermones parroquiales II* (Encuentro, Madrid 2009) 53-54.

³⁹ *Ibid.*, 54

poderosa, porque para quien la escucha, tiene la fuerza de la Palabra que crea todo de la nada. Emerge como el lugar humano donde Dios se alía con su criatura.

En el ámbito de la naturaleza y en el de la gracia, ella es memoria del bien y de la verdad, más aún, es eco vivo de la voz del Bueno y Verdadero, de su llamada amorosa en el origen, e identifica esta llamada originaria con la llamada de amor desde la cruz. He aquí su fuerza. La conciencia identifica la voz originaria que la dio el ser con la voz del Manso que proclama la bienaventuranza: «**Dichosos los mansos, porque heredarán la tierra**»; y quiere contarse entre ellos y cantar con ellos las palabras del salmo: «**Los mansos heredarán la tierra y disfrutarán de paz abundante**». Cuando parece que todo está perdido, el Manso testigo de la verdad se pone al frente de los mansos que sufren por la Palabra, que no pueden ni quieren olvidar, porque es lo más querido de su alma.

La defensa de la conciencia frente al poder que se ha olvidado de la verdad es su capacidad para sostener al mártir. Es inútil invocar la conciencia ante el poder, si uno no tiene en el horizonte la posibilidad del martirio.